

LILLI THAL

VIALLA ROMARO



ANAYA

Título original: *Vialla und Romaro*

1.ª edición: septiembre 2009

© Gerstenberg Verlag, Hildesheim, Germany, 2007

© De la traducción: Moka Seco Reeg, 2009

© Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2009

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Cubierta: Stefano Morri

ISBN: 978-84-667-7732-2

Depósito legal: M-37473-2009

Impreso en Anzos, S.L.

C/ La Zarzuela, 6

Polígono Industrial Cordel de la Carrera

28940 Fuenlabrada (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Para Susanne.
Y para Heinrich, eterno
erradicador de demonios.

EL CORTEJO NUPCIAL

AÚN ERA primavera, tres meses antes de que se celebrara la boda de Vialla y esta abandonara definitivamente la aldea, cuando a un joven aldeano, que se creía muy despabilado, se le ocurrió una gran idea. Aquel día, en vez de roturar la tierra de los campos de remolachas y de regar el trigo que acababa de brotar, como el resto de los hombres y mujeres de su aldea, desde que despuntó el alba, se dedicó a recorrer la zona benigna y dócil del bosque, afianzando señales de colores en los troncos de los árboles y marcando los bordes del sendero que lo atravesaba con piedras labradas. Tal fue su osadía, que incluso llegó a aproximarse a la frontera que delimitaba la parte salvaje del bosque, en donde un olor acre y penetrante pesaba en el ambiente anunciando el peligro. Al anochecer, se pasó por todas las casas de la aldea pavoneándose de su heroica hazaña:

—Os vais a quedar de piedra la próxima vez que vayáis al bosque —decía—. Ya veréis...

Y eso fue lo que hicieron los aldeanos al día siguiente, cuando llegó el momento de ir al bosque para recoger leña. Si hasta entonces únicamente las largas barbas de los líquenes y

el musgo habían indicado por qué senderos se podía transitar sin peligro, se encontraron con unos letreros de madera que parecían escarabajos de colores agazapados en los troncos de los árboles, y con unas flores blancas elaboradas con lascas de sílex, cinceladas con asombrosa exactitud, que brotaban entre las raíces.

—¿Habéis visto? —exclamó el engreído joven, muy contento—. A partir de ahora todo el mundo podrá encontrar fácilmente el camino, también los niños e incluso la gente que no ve bien. ¡Se acabó el peligro! ¡Ya nadie se perderá!

Y aunque la propuesta era inteligente y había sido ejecutada con notable destreza, ni un solo aldeano profirió un elogio o una felicitación. Nadie pareció apreciar su esfuerzo. Y por si este desprecio no fuera suficiente, una semana después desaparecieron los letreros de colores como si nunca hubiesen existido. El joven aldeano, perplejo y decepcionado, se dejó caer de rodillas bajo un abeto y escarbó entre las raíces en busca de las flores de piedra que había tallado y que solo la tierra podía haberse tragado.

—Si hubieras preguntado primero —dijo el patriarca de la aldea—, te habrías enterado de que ya otros lo intentaron antes. El bosque no tolera nada que proceda de la mano del hombre.

El bosque era un amo poderoso y mayestático, y aún mucho más: ¡era el mundo entero! No existía otra cosa que no fuera él. Cada nuevo día comenzaba con el canto de sus pájaros y finalizaba entre los cuchicheos y los murmullos de sus criaturas nocturnas. La única posibilidad que tendría el loco a quien se le ocurriera escapar de él sería arrojarle al vacío una vez alcanzado el final del mundo. Pero hasta que allí llegara, al fin del mundo, se vería rodeado incesantemente por el mur-

mullo de aquel oleaje verde; incluso tras la muerte, pues los hombres se entregaban al sueño eterno bajo sus raíces.

A pesar de que el poder del bosque era infinito, al mismo tiempo era bondadoso y generoso para con sus vasallos. Les proporcionaba claros soleados con espacio suficiente para levantar aldeas con más de cien cabañas —sin olvidar sus respectivos jardines, campos de cultivo y praderas en las que plantar árboles frutales—, que luego rodeaba con una franja de bosque dócil y benigno, a modo de círculo protector. En esa parte mansa del bosque, los pequeños cochinillos de pelaje negro podían escarbar la tierra en busca de bellotas y los cazadores, colocar sus cepos. No escatimaba en generosidad a la hora de repartir sus tesoros: miel y bayas, huevos de avecillas y hierbas medicinales, leña y todo tipo de frutos secos. En verano, cobijaba bajo su sombra a los hombres de los ardientes rayos del sol, y en invierno mantenía alejadas las gélidas ventiscas de las aldeas. Así era cómo el bosque mostraba su cara afable y sonriente, sin por ello dejar de ser, en ningún momento, el déspota más sombrío y cruel jamás imaginado, capaz de castigar el más mínimo desliz con la muerte. Pues, tras la parte de bosque más dócil y benigna, se extendía aquella otra cara más salvaje, inconmensurable e insondable hasta el vértigo. Quien se desviaba del sendero y se internaba en la salvaje espesura terminaba por perecer miserablemente. Por eso los niños, desde muy pequeños, cuando todavía iban envueltos en el arrullo con sus gorritos de bebé, aprendían a distinguir los líquenes de color sulfuroso de las setas comunes que crecían en los troncos de los árboles, y el musgo verde pálido de las más de cien clases distintas que existían.

Había más claros en el bosque y en ellos otras aldeas, diseminadas en la marea verde como las pasas en un bizcocho

de nueces. A través de los senderos permitidos se podía llegar hasta ellas, pero solo los vendedores ambulantes se aventuraban a recorrer esos trayectos, sin duda sumamente peligrosos, para atravesar el bosque como incansables aves rapaces. Cada vez que un hombre de aquel pueblo itinerante aparecía en la plaza de la aldea y depositaba su enorme canasto delante de la iglesia haciendo sonar su corneta de hojalata, era un día de fiesta. De repente, ningún trabajo era lo bastante importante como para impedir que todo bicho viviente con piernas se echara a correr en la dirección de la que procedía la llamada. A la cabeza de todos, el pope envuelto en el revuelo de los faldones de su sotana y ansioso por encontrar algún objeto valioso de plata o incienso para su iglesia, y siempre seguido de una algarabía de niños en la que se entremezclaban los chillidos excitados de los cochinitos de la aldea. Una y otra vez, el canasto del vendedor ambulante se revelaba como maravilloso cuerno de la abundancia, causando el asombro y la admiración de los presentes: ¡era increíble, por no decir brujería, que un solo hombre pudiera cargar tantas cosas a la espalda! Frutas exóticas jamás vistas, pantuflas bordadas a mano, unas bolitas negras que servían contra el mal de ojo y hacían desaparecer los ataques de epilepsia, canicas de cristal de todos los colores, cordones extensibles que alcanzaban diez veces su longitud normal, y todo tipo de artilugios de hierro provistos de engranajes con ruedas diminutas y de dientes muy afilados, que nadie en la aldea sabía muy bien para qué servían. Los vendedores ambulantes venían a ser los halcones de la gente apegada al terruño de las aldeas, y como aves de rapiña que eran, se abalanzaban en vuelo en picado sobre los aldeanos para hacer negocio con su género: huevos de pato y miel a cambio de zapatos de cuero,

valiosas trufas secas a cambio de cuchillas de afeitar, pieles de conejo y de marta a cambio de agua perfumada y fardos apretados de tejido... El buhonero se sentaba con las piernas cruzadas delante de su canasto y, con la rapidez vertiginosa con la que calculaba y movía el juego de piezas de madera que utilizaba para pesar y medir el género, al final conseguía que los aldeanos se quedaran bizcos.

Pero más valiosas que su mercancía, y encima gratis, eran las historias que contaban. Pues los vendedores ambulantes conocían el ancho mundo mucho mejor que todos los aldeanos juntos; sus ojos habían visto cosas maravillosas e increíbles: hombres lobo y pajarracos gigantescos, demonios que habitaban en los árboles y genios de arena que se desplazaban por el aire como torbellinos huracanados. Narraban la existencia de desfiladeros intransitables, de montañas tan altas que llegaban a alcanzar el cielo, de ciénagas y de bosques sumergidos a tanta profundidad, que se veía a los peces nadar entre las copas de los árboles. Si bien todos los buhoneros habían llegado en algún momento de su vida al fin del mundo y habían tenido la oportunidad de asomarse al más profundo de los abismos existentes sobre la faz de la tierra, lo más maravilloso y sorprendente de todo era que cada cual había visto una cosa distinta: si uno había vislumbrado un caldo sanguinolento en plena ebullición, el otro había quedado cegado por los destellos resplandecientes de un mar de piedras preciosas, y el de más allá solamente había visto una gran nada gris y desértica.

Los aldeanos, reunidos al calor de la hoguera, contenían la respiración mientras escuchaban aquellas historias, y se arremaban sin darse cuenta a su vecino todo lo que podían. Al igual que los patos del estanque de su aldea, una vez que se instalaban en un lugar y fundaban un hogar, ahí se quedaban

Y a no ser que fuera por amor o con motivo de una defunción, jamás se aventuraban en el bosque salvaje. Pues a los muertos siempre se les enterraba a un día de marcha, para que no encontraran el camino de regreso a la aldea. Y el amor... un cortejo nupcial se formaba todos los años e iba en busca del amor a otras aldeas, que podían estar a seis, a diez e incluso a trece días de marcha.

El cortejo nupcial de Vialla partiría en el mes del heno, en cuanto terminara la siega y la hierba quedara apilada en los campos para terminar de secarse al calor del sol del verano. Pero todavía era primavera, y apenas los días empezaban a ser más largos y luminosos: en los jardines, las plantas de los guisantes crecían y se enroscaban tanteando las piedras con sus zarcillos, y las aquileas y las nomeolvides florecían. El trigo ya se erguía de un color verde claro en los campos y los manzanos estaban floridos, cuando la madre de Vialla la mandó junto a sus hermanas al bosque manso en busca de trufas. Raras veces las tres se ponían de acuerdo, pero cuando se trataba de pasarse horas enteras escarbando en la tierra, no había mucho que discutir: era un trabajo odioso.

—Mis cerdos lo harían mucho más rápido que nosotras si pudiera adiestrarles como haces tú con tus ovejas, Gudrun —gruñó Canija.

Cuidar de los cerdos, las ovejas y los patos era tarea de los más pequeños.

—«Los cerdos para la más pequeña; las ovejas, cosa son de niñas buenas, y las ruidosas aves de corral, para la novia más terca» —les reveló una vez su padre, haciendo especial hincapié en el tercer verso de la improvisada rima, dirigido a Vialla, que desde que tenía uso de razón se había hecho cargo de los patos.

—Y para qué, si puede saberse, tengo que seguir cuidando de esos plumíferos sin sesos —replicó Vialla a su padre—. Dentro de nada viviré en la aldea del este como una mujer adulta. Los patos seguirán yendo cada mañana ellos solitos al estanque y, cuando anochezca, regresarán por donde han venido sin la ayuda de nadie. Ni siquiera se darán cuenta de mi ausencia.

—¿De verdad crees que no se quedarán patidifusos cuando noten que tu vara no se mete entre ellos de repente como un rayo? Lo mismo que nosotros, cuando ya no subas las escaleras como una exhalación dando portazos sin ton ni son, Vialla, *Flor de Tormenta*.

Así era como la llamaba su padre, con el nombre de una diminuta flor de color azul que, en cuanto terminaban las heladas del invierno, crecía al borde del bosque como un manto de trémulos destellos azul hielo, desafiando y resistiendo con obstinación, a pesar de parecer tan frágil, las heladas nocturnas y las tormentas de granizo.

—Nos equivocamos al elegir tu nombre —le decía siempre su padre cuando llegaba el mes del deshielo—. En vez de florecer en verano como el resto de las flores, las tuyas son tan alocadas, Vialla, que prefieren cimbrarse sacudidas por el viento y el granizo. Y sus florecillas azules son un regalo para la mirada, aunque rezumen impaciencia... ¡Siempre en medio del ojo de la tormenta! ¿Te suena, Vialla?

Al anochecer, Vialla trajo un ramo enorme de pequeñas flores azules que llevó a la cocina:

—Me echarás de menos —le dijo a su padre—. ¿Con quién te vas a meter cuando ya no esté con vosotros?

—Por suerte, he sido bendecido con tres hijas —replicó el padre sin parpadear siquiera.

Vialla se quedó mirando a sus dos hermanas: Gudrun, que tras su delicada y tierna frente ocultaba una obstinación tal que gracias a ella había sido capaz de enseñar a bailar y a contar a sus ovejas, y Canija, que crecía con el vigor de un sauce a la orilla de un riachuelo. Primero había sobrepasado en altura a Gudrun el año pasado y ahora a ella, a la misma Vialla: ¡incluso los mocosos más sinvergüenzas de la aldea la saludaban con respeto cuando pasaba por su lado! Pero de las dos, ninguna era sensible a las pullas del padre, que en cierta manera eran su elixir de vida. «¡Oh, sí! —pensó Vialla—. Padre me echará en falta. Y así debía ser: Mirin el herrero ya lloraba a lágrima viva por la inminente partida de Brna, su única hija».

El día de la partida del cortejo nupcial se acercaba lenta e inexorablemente, como una tormenta a punto de estallar. A veces, Vialla se podía pasar días enteros sin acordarse de él. Pero entonces el padre volvía a macerar fresas en hidromiel poniendo mucho cuidado en separar las distintas capas y, mientras Vialla aspiraba el dulce aroma, de repente era consciente de que en invierno ya no estaría para poder probarlas. La madre estaba trenzando una nueva estera de juncos en la que no llegaría a poner los pies; y Gudrun y Canija cosían unas faldas para la fiesta de la cosecha, a la que ella ya no podría asistir. La casa, la calidez y el olor de la cocina, su cama con la piel de oveja marrón... «Cuando me vaya, dejaré todo atrás», pensaba Vialla, y creía percibir al mismo tiempo el suelo temblando bajo sus pies.

A menudo imaginaba que eran aves migratorias preparándose para la gran partida: ella, Brna y las otras dos novias, Evka y María, a las que todos llamaban las hermanas mudas. En realidad no eran hermanas ni estaban mudas, pero desde

muy pequeñas siempre iban juntas de la mano a todas partes con la mirada dirigida al frente, y habían desarrollado un extraño sistema de miradas y pestañeos para entenderse entre ellas sin necesidad de emitir sonidos.

—Ya verás, seguro que Evka y María terminan compartiendo novio —le dijo Brna a Vialla—. Luego ya se encargarán ellas solitas de enseñarle buenas maneras para que vaya siempre entre ambas y se comunique con ellas guiñando los ojos.

A pesar de que las cuatro muchachas eran tan diferentes, debido a que la partida del cortejo nupcial era como quien dice inminente, parecían remiendos de distintos colores que alguien hubiera zurcido para hacer una colcha. Cada tarde, una vez concluido el trabajo en el campo, se dedicaban a hablar largo y tendido sobre si era una suerte o una desgracia tener que mudarse a la aldea del este. Estaba tan solo a seis días de marcha, pero el hecho de ser la que más cerca estaba no les servía de consuelo. Aunque hubiera estado en la luna, la sensación habría sido exactamente la misma. A las cuatro novias les hubiera gustado no tener que abandonar su hogar, pero no tenían elección: hasta dentro de tres años no se volvería a celebrar una boda en su aldea. Gudrun, la feliz y dichosa Gudrun, tendría la suerte de poder instalarse con su futuro marido en una de las cabañas vacías de la aldea.

Nadie tenía derecho a decidir entre quedarse o marchar. El cortejo nupcial era una de las leyes que regían el mundo y formaba parte del sucederse de los años, tanto como el sol al verano o la nieve al invierno. En cuanto les llegaba el momento de contraer nupcias, los jóvenes, ya fueran hombre o mujer, partían de sus hogares únicamente pertrechados con un morral para llevar el traje de boda, y así se lanzaban bosque a través en pos de una nueva vida. El padre de Vialla procedía

de otra aldea situada más al sur, y la madre de Brna, de una muy lejana que se encontraba mucho más al norte. Dependiendo del año, el hombre iba al encuentro de la mujer o la mujer al encuentro del hombre.

Lo que estaba terminantemente prohibido era que un hombre y una mujer de la misma aldea se enamoraran. Además de considerarse un pecado y una gran deshonra, acarrearba de inmediato sobre los sacrílegos una gran desgracia, pues sus hijos nacían bicéfalos, con pezuñas de macho cabrío, cornamenta y un rabo rizado de cerdo.

El último de una larga serie de semejantes desdichados aún vivía, y precisamente en su aldea. A punto de cumplir los ochenta, había sido concebido durante un breve escarceo amoroso entre el antiguo pope y la hija del panadero. Tan solo por la dicha de una única noche, el desgraciado fruto de aquella unión tuvo que soportar durante toda su vida —para horror de todos los aldeanos y al mismo tiempo como señal de aviso— el peso de un monstruoso cráneo hidrocefálico que parecía una gran luna llena amarilla. El pobre diablo tuvo que idearse una especie de capacho de madera que llevaba colgado a la espalda para así apoyar su cabezón y aliviar algo su carga.

Para Vialla, Brna y las dos hermanas mudas no parecía que existiera el menor atisbo de peligro: ¿de quién podrían haberse enamorado? A pesar de que los mellizos de la cordeleira estaban en edad casadera, ambos acababan de perder los dientes de leche el año pasado y ni siquiera llegaban a las muchachas a la altura del pecho. Por si esto no fuera razón suficiente, seguían correteando descalzos por el bosque como pequeños salvajes.

—Yo jamás les aceptaría como esposos... ¡Ni siquiera a cambio de cinco ovejas! —dijo Brna frunciendo la nariz—.

Seguro que por las noches habría que arroparles y cantarles nanas. ¡Y meterles una raíz de regaliz en la boca para que tengan algo que chupar y se tranquilicen!

Las cuatro novias se pasaban muchas tardes sentadas en el banco que había delante de la casa de Vialla y, mientras desgranaban guisantes, aprendían a vaticinar muchas de las cosas que les depararía el futuro: si el interior de las vainas era liso y brillante, tendrían un novio guapo; en cambio, si a alguna le tocaba una vaina podrida y cubierta de moho, las otras tres se echaban a reír a carcajadas y no sin malicia; el número de guisantes por vaina revelaba el número de hijos que se concebirían, y por la longitud y el grosor del hilo que recorría la vaina se podía dilucidar el estado en el que se encontraba cierta parte del cuerpo de los futuros maridos que las novias solo se atrevían a pronunciar entre susurros y a punto de morir asfixiadas de la risa.

Cuando recuperaban el aliento, cantaban todas juntas:

*A tu lado, bajo los altos tejos,
quiero soñar que te beso.
A tu lado, yaceré sobre el brezo,
y surcaré tu cuerpo con tiento.
A tu lado, a medianoche duermo
sobre un lecho de pasión y deseo.*

Como un eco, de pronto resonó una voz dentro de la casa:

*A tu lado, me invade una dulce comezón...
¡Puaaj! ¿Viste jamás grano más purulento?*

Asomada a la ventana estaba Canija, muerta de risa.

—¿Sabíais que a las hermanas entrometidas y a los pajarracos de mal agüero se les pone en remojo en agua sucia? —dijo Brna en tono severo—. Canija, ¿no tendrías que estar cuidando de los cerdos?

En el mes del heno, el día anterior a la luna llena, las cuatro novias atravesarían solemnemente la doble hilera formada por los que hasta entonces habían sido sus vecinos y abandonarían la aldea acompañadas de sus gritos de júbilo. La boda se celebraría seis semanas después, con la luna nueva, para evitar que la luz lunar pudiera introducirse en la alcoba de los recién casados, pues, como por todos era de sobra conocido, esta era hacedora de todo tipo de travesuras y jugarretas.

El cortejo nupcial era el primer viaje que emprendía cualquier aldeano en toda su vida, y hasta que le tocara el turno a sus hijos, también el último. Únicamente el patriarca y el pope de la aldea eran considerados hombres de mundo, y con razón, pues eran los que conducían y asistían todos los años al cortejo nupcial: uno en el ámbito terrenal y el otro en el espiritual. Por eso sabían dónde estaban y cómo eran las otras aldeas.

En su afán por concretar algo más sobre su incierto futuro, las cuatro muchachas se armaron con una gran jarra de jugo de fresas y fueron a ver al patriarca. Se posaron cual pajarrillos en el banco de su jardín y, con paciencia, le sonsacaron todo lo que pudieron de la aldea del este. El anciano ora se rascaba la cabeza, ora se mesaba la barba, ora... es decir, aunque se esforzaba todo lo que podía por contestar las preguntas de las excitadas muchachas, sus recuerdos eran una mezcla florida y multicolor de todos los cortejos nupciales que había acompañado a lo largo de su cargo como cabeza de la comunidad, tan dilatado en el tiempo. Las cuatro novias succiona-

ban con avidez los vagos recuerdos que relataba como flores sedientas, preguntando cada dos por tres:

—¿Y cómo son los muchachos de la aldea del este?

—Tienen hombros fuertes y esbeltos como los corzos, la astucia del zorro y el buen carácter de las carpas —decía el patriarca, dándole a Vialla unas palmaditas en la mejilla—. Realmente son unos ejemplares soberbios, todos por igual. Como vosotras, hijas mías.

Y por mucho que siguiera rascándose la cabeza sin parar e hiciera esfuerzos sobrehumanos por tratar de recordar, tampoco se le ocurría nada malo que referir sobre la aldea del este: sus gentes eran trabajadoras; su pope, un santo, y su patriarca, un hombre extremadamente diligente, que dirigía su aldea con mano fuerte preservando la paz y la prosperidad entre sus habitantes. Lo mismo que ocurría en su aldea, la aldea del oeste. Tan solo tenía que acordarse de la tarta de nata que comió en la última fiesta de compromiso a la que asistió, untada con una gruesa capa de mantequilla de oveja y miel, y del jugo de grosellas ligeramente fermentado para... Una vez llegado a este punto, el anciano caía en una especie de éxtasis contemplativo, que solo se veía interrumpido cuando las cuatro muchachas se despedían de él con una leve genuflexión y volvían al jardín de Vialla para sentarse en el banco y seguir interpellando a los guisantes.

—De algo podemos estar seguras —dijo Brna, dejando caer una última vaina de guisantes en la palangana—. La gente de la aldea del este también tendrá como nosotros ojos, nariz boca, y una oreja a cada lado. Exactamente igual que aquí. Del resto, ya nos ocuparemos nosotras.

Aunque su vestido de boda ya estuviera bien doblado dentro del morral y, en todas partes, de lo único que se habla-

ra con gran expectación fuera de la partida inminente del cortejo nupcial, a Vialla le seguía pareciendo del todo inverosímil, por no decir una locura, que fuera a abandonar su aldea. Sin embargo, cuando llegó la mañana señalada, como por arte de magia se esfumó cualquier atisbo de duda y su viaje adquirió una consistencia tan real y sólida que incluso podría haberlo tocado. El patriarca abriría la comitiva resoplando bajo el peso de su inmenso corpachón, seguido de las cuatro novias colocadas en fila y, a su vez, flanqueadas por sus respectivos padres; la última de todas sería Brna, a quien solo acompañaría su padre, Mirin el herrero, un hombre enorme y fornido que nunca se separaba de un gran garrote que blandía con ambas manos. El pope Nicodemus se encargaría de espantar a los malos espíritus y no cesaría de revolotear alrededor de la formación como una corneja patilarga.

Entre los aldeanos que se habían congregado para despedir el cortejo también estaban Gudrun y Canija; una, pálida y llorosa, y la otra, malhumorada y con el rostro constreñido por la preocupación. La pequeña comitiva atravesó solemnemente la doble hilera de aldeanos, mientras estos estallaban en gritos de júbilo y bendiciones, y tal era la fuerza con la que retumbaba el clamor en la plaza, que a los viajeros les llegó a zumbar los oídos. Un zumbido que persistió, pues los niños y los excitados cochinillos corrieron detrás del cortejo hasta el bosque manso. Tan solo cuando este traspasó el umbral invisible que les separaba de la infinita majestad de la salvaje espesura, el griterío se vio abruptamente interrumpido.

Vialla, que se había imaginado que los caminos que recorrían el bosque serían anchos y amplios, no cabía en sí de asombro al ver lo estrecho que era el sendero permitido: tan angosto que apenas alcanzaba los dos palmos de ancho, y

flanqueado a ambos lados por una maraña de follaje, zarcillos de plantas trepadoras y jóvenes renuevos tan tupida, que parecía una pared verde que se les venía encima. Todo lo contrario que el bosque manso, que parecía un solícito y amable jardinero preocupado por mantener sus árboles y arbustos bien podados para facilitar al hombre su quehacer. El bosque salvaje era un mar verde y desatado en el que reinaba a todas horas una penumbra crepuscular, pues los rayos del sol apenas conseguían abrirse paso entre el tupido techo de hojas en muy contadas ocasiones. Incluso el olor que exhalaba era extraño, penetrante y acre; olía a animales salvajes y a plantas desconocidas. Desde la misteriosa oscuridad que se desplegaba a ambos lados del sendero, les llegaba una sucesión de crujidos y murmullos que parecían no tener fin, pero no bien alguna de las muchachas hacía amago de acercarse para cerciorarse de qué podía ser aquello, cuando sus padres las instaban con urgencia a seguir su camino. Las amonestaciones parecían suplir la ausencia del trinar de los pájaros o del rumor del viento: *«¡La mirada al frente! ¡Ni se os ocurra mirar hacia los lados! ¡Pobre de aquel que se desvíe del camino! ¡Será su perdición! ¡No olvidéis que nos encontramos en el bosque salvaje!»*.

Seis días duró la marcha. Durante todo ese tiempo, Vialla tuvo la sensación de que estuvieran haciendo equilibrios sobre las fauces de un dragón gigantesco, que en cualquier momento podía abrirse y tragárselos a todos. Y a decir verdad, ni tan siquiera se toparon con un oso o un lobo... ¡como para encontrarse entonces a uno de los gnomos que habitaban en los árboles o al más diminuto de los espíritus del bosque! El único sobresalto que sufrieron corrió a cargo de una roca a la que se subió el pope Nicodemus para pronunciar la plegaria mati-

nal, pues de repente le salieron patas y una cabeza y, convertida en una enorme tortuga, se fue de allí tan campante con su torpe andar.

El bosque guiaba con serenidad su incesante caminar. En realidad, llegar a la aldea del este era un juego de niños, pues era tal la profusión de líquenes y musgo que marcaba el sendero permitido, que hubiera sido terriblemente difícil, por no decir imposible, perderse. Aun así, el anciano patriarca se quedaba parado cada dos por tres para examinarlos mejor, antes de indicar con un pretencioso gesto a la reducida comitiva qué dirección tomar.

En la tarde del cuarto día, apareció entre los árboles la lejana e irreal silueta de un buhonero. Y aunque iba bastante despacio, pues cargaba con un canasto lleno hasta los topes, se encontraba demasiado lejos como para que pudiera oír sus gritos. Por un instante, Mirin el herrero consideró seriamente ir en su busca, pero enseguida le amilanó la perspectiva de quedarse a solas con el bosque, aunque solo fuera por unos instantes.

—No puedo irme y dejar a las novias sin protección —se excusó, aunque balanceando su garrote con menos convicción.

¡Desviaos del camino, y el bosque os tragará sin tan siquiera dejar los huesos! Sin saber por qué, las historias espeluznantes que contaban los vendedores ambulantes de pronto cobraron sentido en todos los integrantes del cortejo nupcial. Los arbustos adquirieron dientes y garras y, en los árboles, descubrieron unas caras deformadas y horripilantes que parecían no quitarles el ojo de encima. Durante el resto del camino, las cuatro novias permanecieron aún más juntas: *¡Vamos, apretad el paso! ¡La mirada al frente! ¡Si no, el bosque salvaje no dejará de vosotras ni el pellejo!*

Por la noche, Vialla, acostada entre sus padres y envuelta en una manta de lana que picaba, escuchaba todos y cada uno de los cantos nocturnos del bosque: los murmullos, los susurros, los crujidos y los aullidos lejanos. Podía percibir claramente aquella presencia *viva* que la rodeaba, y al oír su respiración, se estremecía.

Cuando al día siguiente, a eso del mediodía, llegaron al claro en el que se asentaba la aldea del este, en un primer momento Vialla tuvo la sensación de que el mundo estuviera patas arriba: tan irreales le parecieron los campos de cultivo, las praderas y las casas iluminadas por los rayos del sol, como si fueran un espejismo traicionero, un sueño después de la infinita oscuridad del bosque. Mientras el pope Nicodemus alzaba una plegaria de agradecimiento, consiguió por fin retornar muy lentamente al mundo real y empezó a reconocer los campos de remolachas y, en medio, las resplandecientes mareas doradas de trigo. Tras los campos de cultivo, se apretujaban las cabañas como una manada de animales satisfechos y pesados. Se veía a algunos hombres y mujeres trabajando entre las remolachas, arremangados y con sombreros de paja para protegerse del sol. En cuanto descubrieron la pequeña comitiva, alzaron sus brazos y les saludaron amistosamente.

—¡Sed bienvenidos! Seguid el camino y llegaréis a la aldea, os están esperando.

El cortejo nupcial llegó a la plaza de la aldea y a la iglesia, caminando por el soleado y silencioso sendero. En las vallas de los jardines florecían los rosales silvestres y por las paredes de las cabañas trepaban los frijoles y los serbales. Había patos nadando en el estanque de la aldea y los cerdos dormían la siesta protegidos del ardiente sol del mediodía bajo un enor-

me castaño. Parecía que estuvieran en casa, en su aldea. La única novedad que les llamó la atención a las muchachas fue la costumbre de colgar el pescado en largas cuerdas para que se secara al sol.

—¡Qué asco! ¡Pescado reseco! —susurró Brna a Vialla.

Delante de la iglesia, sobre el empedrado ocre de barro cocido, no les estaban esperando ni el patriarca ni el pope de la aldea para darles las bienvenidas. Para su sorpresa, se encontraron con una horda de muchachos descalzos enfrascados en una reyerta.

Durante un buen rato, Mirin el herrero se quedó mirando aquel derroche de energía sin dejar de menear la cabeza, hasta que por fin se arremango y, metiendo a ciegas uno de sus brazos en el amasijo de combatientes, agarró y tiró del primero que pilló: un muchacho rubio como la paja.

—Bribonzuelos, ¿se puede saber qué demonios hacéis? Y para colmo, en plena plaza. Volved a las porquerizas y seguid revolcándoos en el estiércol. ¡Ahí es donde deberíais estar! Pero antes, avisad a algún aldeano decente de que las novias de la aldea del oeste han llegado y esperan impacientes a sus pretendientes.

El muchacho tenía una cara ancha de mejillas coloradas y resultó ser mayor y mucho más grande de lo que Vialla había pensado en un primer momento: casi le llegaba a Mirin a la altura de los ojos. Se limpió la sangre de la nariz con la manga de la chaqueta.

—Pero si nosotros somos los pretendientes, ¡nada más y nada menos que ocho! —dijo guiñándole el ojo hinchado al herrero—. No nos hemos movido de aquí desde ayer, os esperábamos. En cuanto os viéramos, teníamos que ir corriendo a avisar a nuestro patriarca. Aunque por lo que veo, no hemos

reaccionado a tiempo —anunció algo desconcertado—, porque, ya estáis aquí, ¿no?

—¿A ti qué te parece? —contestó Mirin el herrero como para confirmar su avispada conclusión—. Pues sí, por si te quedara alguna duda, hemos llegado y traemos con nosotros a las cuatro flores más hermosas de nuestra aldea —añadió, soltando al muchacho y, en su lugar, cómo no, tirando suavemente de Brna para que se adelantara—. Pero en vez de encontrarnos con unos hombres hechos y derechos para confiárselas... ¡oh, sorpresa! Nos espera una panda de mocosos descalzos. ¿Estáis buscando niñera o una mujer?

El muchacho de pelo pajizo miró a sus compañeros en busca de ayuda, pero los siete tenían la vista fija en el cielo como si en ese mismo momento, en vez de nubes, pasara una manada de caballos desbocados a galope tendido sobre sus cabezas.

—Eso no es justo. Precisamente nos peleábamos por ellas, por las novias —protestó el rubio—. Aburridos de tanto esperar, al final empezamos a imaginarnos cómo serían las novias, y tratamos de dibujarlas con carbón sobre el empedrado. Pero como, según las reglas, cada uno no podía dibujar la suya, yo dibujé la de Santos; Arpad, la de Romaro y así también los demás. ¡Qué desastre! Además de negras como el carbón, nunca había visto mujeres más feas en mi vida. Por supuesto, juro solemnemente que nada tienen que ver con estas flores que os acompañan —se apresuró a asegurar.

Como si estas últimas palabras fueran una señal, los muchachos bajaron la cabeza al unísono para mirar a las novias. Vialla alzó la barbilla en cuanto notó las miradas que se abalanzaban sobre ellas como un enjambre de abejas. Estaba tan nerviosa, que lo único que llegó a apreciar de los ocho mu-

chachos fueron los arañosos que marcaban sus rostros y sus cabellos más o menos revueltos. Siete eran rubios, solo uno difería de estos con sus rizos castaños.

—Pero vamos a ver, botarates, ¿se puede saber por qué os estabais pegando? —preguntó el patriarca.

El muchacho de pelo pajizo levantó las manos en señal de disculpa.

—No solemos comportarnos así, creedme —dijo—. De hecho, no tenemos ocasión. Trabajamos desde que amanece hasta que cae la noche. Pero claro... tanto tiempo juntos y sin nada que hacer, y encima sabiendo que solo iban a llegar cuatro muchachas y que nosotros éramos ocho. Visto y no visto, nos vemos enzarzados en una disputa por ver quién se queda con una novia de carne y hueso y quién con una de carbón. Estúpido e infantil, lo sé, pero no os imagináis lo larga que puede ser una espera... —de repente, al descubrir sus pies descalzos, sonrió avergonzado—. Ah, claro, las botas... Como no podían mancharse, las dejamos dentro de la iglesia.

—Cierra el pico, Eusebio, eres un bocazas —murmuró otro de los muchachos. Aunque, desgraciadamente, demasiado tarde, pues el pope Nicodemus ya lo había oído y, furibundo, con las venas del cuello a punto de estallar, se había abierto paso hasta colocarse delante del cortejo:

—¿Botas dentro de la iglesia? —tronó su voz—. ¿Y qué más? ¿No tendréis por ahí un cubo de estiércol de sobra para ponerlo delante del altar? Y así de paso podríais arrodillar a unos cuantos cerdos en los bancos para que entonaran los cantos litúrgicos.

En ese preciso instante, a Brna, quién sabe si a posta o sin querer, se le escapó un débil gruñido. Nadie se atrevió a reír abiertamente, pero a partir de ese momento, una vez roto el

hielo, tanto los muchachos como las muchachas se sintieron menos cohibidos y empezaron a mirarse unos a otros. También el de los rizos castaños. Y a pesar de que, con sus ojos verdes caña y su boca seria de labios finos, tampoco pareciera el típico donjuán, para el gusto de Vialla las miraba con demasiado descaro. Aunque tenía un araño en la mejilla izquierda y un soberbio chichón en la frente, su piel era tersa y estaba dorada por el sol. Por la camisa de cuero de ciervo que llevaba puesta (hecha jirones, por cierto), sin duda se trataba de un cazador. «¿Quizá un simple rastreador o incluso un montaraz?», pensó Vialla. Se sobresaltó con cierto pánico, cuando de pronto se dio cuenta de que el muchacho también la miraba sonriente y gratamente sorprendido, como cautivado. Enseguida bajó la mirada.

Al patriarca le pareció que aquel tímido e incesante intercambio de miraditas estaba durando demasiado; el dolor de pies le resultaba insufrible:

—Bueno, ¿a qué esperáis? —amonestó en tono imperioso a los muchachos—. Moved esas piernas e id a avisar a vuestro patriarca de que el cortejo nupcial ha llegado.

Pero ninguno de los muchachos quería irse. Casi a voz en grito, cada cual empezó a exponer sus razones: uno tenía los pantalones rotos; el otro, un buen moratón, y al de más allá le sangraba la barbilla. Solo el de los cabellos castaños seguía prendado de Vialla sin darse cuenta de nada, circunstancia que los demás supieron aprovechar para ponerse de acuerdo a su costa:

—¡Romaro! ¡Que sea Romaro quien avise al patriarca!

En cuanto eligieron a su representante, según ellos, por unanimidad, los pretendientes salieron en desbandada como gatos pasados por agua huyendo de un aguacero:

—¡No os preocupéis, enseguida volvemos! —exclamó uno por encima del hombro, mientras salía corriendo.

Antes que nada, el elegido se limpió la sangre de la mejilla con un trapo no muy limpio que se diga, y luego se sacudió el polvo de los pantalones. No parecía tener mucha prisa, tampoco cuando se fue de allí arrastrando los pies y atravesó la plaza con paso cansino. Antes de desaparecer por un portón, alzó la mano para despedirse una vez más de la comitiva:

—¡Lo dicho, sed bienvenidos!

Si durante todo el camino Vialla había tenido las tripas ligeramente revueltas (un fenómeno al parecer muy común, que su madre había denominado como la fiebre de las nupcias y el padre, con menor respeto, la cagalera de la novia), tras el encuentro, a la ligera indisposición se le sumó otra, aunque mil veces más agradable: un cosquilleo a la altura del ombligo que parecía provocado por cientos de mariposas excitadas que, extraviadas en el interior de su tripa, agitaran simultáneamente sus delicadas alas.

El ardiente sol del mediodía lucía sobre la plaza y, bajo sus rayos, los últimos vestigios de la humedad del bosque que todavía impregnaban el vestido de Vialla se evaporaron enseguida. Y mientras así esperaba junto a los demás la llegada del patriarca de la aldea del este, la asaltó una agradable intuición que de repente adquirió significado: los guisantes se habían equivocado.